



www.loqueleo.com/ec

© 2008, Edna Iturralde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-357-5

Derechos de autor: 029871

Depósito legal: 004143

Impreso en Ecuador por Poder Gráfico

Primera edición en Santillana Ecuador: Noviembre 2008

Primera edición en Loquele Ecuador: Abril 2016

Décima impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Diagramación: Rocío Romero

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El perro, el farolero y una historia de libertad

Edna Iturralde



loquele

Dedicatoria

*A todos los niños y niñas
de mi patria amada, el Ecuador,
y en especial a mis hijos, hijas, nietos y nietas.
A mis perros, Tuco, Lobo y Jack,
compañeros de escritura.*

Agradecimiento

*A Fernando Jurado Noboa, Segundo Moreno Yáñez,
José Antonio Gómez Iturralde, Oswaldo Orbe
Cortez, director general de la Biblioteca de la
Pontificia Universidad Católica del Ecuador,
padre Julián Bravo Santillán,
director de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit,
por su gentileza al guiarme en mis investigaciones.*

*A Gloria Gangotena de Montúfar,
Carlos y Juan Montúfar-Barba
y los amigos que me permitieron
ver sus archivos personales.*

*A Fernando Revilla, por su cariño a mi patria.
Y a Bruce Kernan, mi esposo,
por su apoyo incondicional.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

CAPÍTULO 1

El perro 11

CAPÍTULO 2

La señorita Pelusa 23

CAPÍTULO 3

El farolero 35

CAPÍTULO 4

Pepe Botella 45

CAPÍTULO 5

Una misión 53

CAPÍTULO 6

Anacleto Pérez 61

CAPÍTULO 7

Reunión de Navidad 67

CAPÍTULO 8	
Intervienen los ratones	75
CAPÍTULO 9	
Cóndor Mayor	87
CAPÍTULO 10	
Audaz rescata su nombre	93
CAPÍTULO 11	
Vísperas de San Lorenzo	103
CAPÍTULO 12	
El marqués de Selva Alegre	109
CAPÍTULO 13	
Una historia de libertad	117
CAPÍTULO 14	
El cóndor tiene razón	127
Bibliografía	137
Biografía	139
Cuaderno de actividades	143

CAPÍTULO 1

El perro



La noche llegó como de costumbre y con las mismas intenciones de siempre: tragarse el sol de un bocado. Corría con la lengua afuera y las fauces abiertas, lanzando dentelladas; pero el sol escapó detrás de las montañas y los nevados. Burlada de esta manera, la noche se sacudió de la cabeza a la cola. Entonces, las pulgas saltaron de su piel y quedaron como estrellas en el cielo. Bostezó y se formó la niebla. Extendió sus patas por las calles retorcidas, entre las casas y las iglesias, los puentes y las quebradas de aquella antigua ciudad de los Andes, y se fue a dormir. 11

La ciudad tenía un nombre parecido al chillido de un pájaro: Quiiito, Quiiito, Quiiito... Quito. La capital de una provincia (del mismo nombre) que era parte del virreinato de Nueva Granada, una colonia de España. Quito era una ciudad rebelde por tradición y, desde algún tiempo atrás, planeaba sacudirse de aquel reino que la tenía encadenada desde hacía trescientos años.

Vicente y yo recorriamos la calle de las Siete Cruces cumpliendo con nuestro trabajo. El muchacho era sobrino del farolero y a veces lo ayudaba. Traía un banquito en una mano y, en la otra, su vara con una mecha encendida para prender las velas de los faroles y, de este modo, ganarle un poco de espacio a la oscuridad.

Nos acompañaban los aullidos de los perros guardianes que transmitían las noticias de un lado al otro. La noche entendió lo

que decían; se sintió intranquila, tanto, que agitó con fuerza su larga cola y desapareció la niebla.

Caminábamos por la iglesia de El Sagrario cuando tuve que detenerme. Traté de rascarme el lomo, justamente al final, sin lograrlo. Las pulgas sinvergüenzas no habían cumplido con nuestro trato de hospedarse únicamente en los lugares convenidos.

Me quejé furioso.

—¿Qué sucede, Rogrón? —preguntó Vicente mirándome—. Ah, las pulgas otra vez —rio y se detuvo junto a un farol.

Colocó el banquito en el suelo, me rascó con sus uñas y luego se subió para encender la vela. El muchacho era muy pequeño para sus once años, así que tuvo que alzarse en puntillas. Sus alpargatas resbalaron y se cayó con banquito y todo.



La puerta de un balcón se abrió de pronto.

A mi lado, Audaz, uno de mis hijos, que de audaz no tenía un solo pelo, tembló entre las piernas de Vicente.

—¿Quién vive? —preguntó una mujer en tono decidido.

—Soy yo, el farolero, doña Manuelita —contestó Vicente, poniéndose de pie con rapidez.

Nos encontrábamos frente a la casa de doña Manuela Cañizares, una mujer conocida por no temer a nada ni a nadie.

—¡Vos no sois el farolero, verdugo! No reconozco tu voz. Identifícate o sentirás los perdigones de mi carabina y los dientes de mi perro en tus posaderas —insistió doña Manuela con mayor firmeza.

Sus ojos parecieron lanzar fuego. Estaba tan agitada que sus trenzas negras parecían saltar sobre su pecho.